

Hablando se entiende la gente

Si hubiéramos de definir la identidad europea, tendríamos que afirmar que si algo caracteriza a la Unión Europea es la diversidad. Ahora bien, en toda sociedad la diversidad lingüística, cultural, étnica o religiosa presenta ventajas e inconvenientes. Ante esto, lo más prudente es reconocer la complejidad del fenómeno y esforzarse en destacar lo positivo y minimizar lo negativo. Y no solo por el bien de los europeos, sino como ejemplo para otros: una gestión eficaz de nuestra diversidad lingüística, cultural y religiosa será un modelo de referencia para un planeta trágicamente afectado por la caótica gestión de su diversidad.

La idea de Europa se basa en dos requisitos inseparables: la universalidad de los valores morales y la diversidad de su cultura. Esos valores esenciales proscriben toda discriminación relacionada con el color de la piel, la religión, el origen étnico, el sexo, la edad, la discapacidad y... la lengua. La UE no puede construirse más que sobre los cimientos de su diversidad lingüística.

Pero es innegable que la diversidad lingüística es un reto para Europa, pues esa multiplicidad supone una carga, dificulta el funcionamiento de las instituciones y conlleva costes de dinero y tiempo. Con todo, es un reto provechoso, pues esa diversidad puede servir para estrechar lazos y constituir un potente antídoto contra los fanatismos.

Aunque grande, la tentación de la lengua única no es deseable, pues la misión histórica de la UE es preservar, armonizar, templar y hacer florecer la diversidad, la identidad de cada uno de sus pueblos. La identidad de Europa es una página que se está escribiendo. Que escribe cada ciudadano al hacer suyo el patrimonio común y aportar su propia contribución. Nadie sobra en esta tarea.

La solución presentada por un grupo de intelectuales en 2008, Año Europeo del Diálogo Intercultural, es que, al lado de la *lengua de comunicación internacional*, el inglés, se fije una *lengua personal adoptiva*, o sea otra lengua que se enseñaría en cada país, junto con la nacional, desde la infancia. Así se favorecería el entendimiento entre parejas de lenguas y de pueblos. Las relaciones *bilaterales* entre dos pueblos dados de la UE se mantendrían en las lenguas de dichos pueblos. El mensaje de esos intelectuales es: todo europeo debe «volcarse apasionadamente en el conocimiento de otra lengua».